

POLITICA CULTURAL: CONJUNTO DE ASPIRACIONES DE UN PUEBLO

Lic. Carlos Francisco Echeverría
Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes

a. El papel de la política cultural

La política cultural contribuye a darle forma al conjunto de aspiraciones de un pueblo. Si una sociedad no cultiva, en forma sistemática y deliberada, los valores superiores del espíritu, fácilmente será absorbida por el consumismo y el materialismo. El proceso de desarrollo perderá entonces su contenido humanista, y con ello perderá también todo sentido. Se caería en el terrible error de perseguir el crecimiento económico por el crecimiento económico, la producción por la producción, el consumo por el consumo, aunque con ello no se contribuya al bienestar real de la gente, sino, por el contrario, al deterioro de su estilo y de su calidad de vida.

Es lo que algunos denominan “maldesarrollo”, de lo cual, infortunadamente, abundan los ejemplos, tanto en naciones industrializadas como en el Tercer Mundo. En una civilización altamente secularizada, como es la occidental, las políticas culturales, al mantener vigentes los valores del humanismo, impiden que las sociedades caigan por completo en el caos materialista, y contribuyen, en mayor o menor medida, a mantener el *sentido* del proceso de desarrollo. Las artes, por ejemplo, al ser expresiones intensas del “espacio interior” del ser humano, mantienen viva la llama del espíritu en el seno de una sociedad. El folclor, la artesanía, y en general lo que se conoce como patrimonio cultural (arquitectura tradicional, arqueología, etc.) mantienen un sentido de identidad colectiva que va más allá de lo puramente material. Esas cosas tradicionalmente han sido tenidas en cuenta en las políticas culturales.

b. Una política cultural moderna

Sin embargo, una política cultural moderna no puede limitarse a esas esferas tradicionales.

Los avances de la ciencia antropológica han conducido a una noción mucho más totalizadora de la cultura, que por otra parte responde mejor a las exigencias del pensamiento contemporáneo en materia de desarrollo. En una concepción científica y moderna de la cultura, por ejemplo, la relación entre el hombre y la naturaleza que lo rodea es esencial.

La relación del hombre con su entorno natural es el punto de partida mismo de la cultura. Por lo tanto, una política cultural moderna no puede ignorar campos como el de la educación ambiental, el conservacionismo y el cultivo de prácticas recreativas en ambientes naturales. El espectro de temas que se le abren a una política cultural, así concebida, es casi infinito. No obstante, al combinar la variable "cultura" con la variable "identidad nacional", surgen como campos privilegiados *el conocimiento de la propia naturaleza, de la propia historia y del entorno social.*

Una buena política cultural tiene que trabajar en esas áreas, y al mismo tiempo proveer los instrumentos que pongan en contacto al pueblo con los grandes valores de la cultura universal.

c. Cultura y medio ambiente

La estrecha relación que existe entre la cultura y el ambiente natural es ampliamente reconocida por los antropólogos, pero sólo en cuanto se refiere al origen y a la evolución primaria de las civilizaciones. Todos sabemos que los pueblos desarrollan costumbres, herramientas, trajes y viviendas según la zona en que viven. Sin embargo, en un proceso convencional de desarrollo esas relaciones entre el hábitat y la cultura se van perdiendo, y así vemos que las casas, ropas, herramientas y costumbres de los países van pareciéndose cada vez más. En ese proceso, cada país pierde un poco de su identidad, a cambio de los beneficios, supuestos o reales, de un desarrollo basado en la industrialización y en la urbanización creciente. ¿Qué hacer, entonces? ¿Volver atrás, hacia un estilo de vida tradicional y rudimentario, pero con un fuerte carácter nacional? Muy poca gente estaría a favor de eso. ¿Entregarse entonces a un desarrollo indiferenciado, con progreso económico a cambio de una pérdida total de las costumbres propias? Tampoco es deseable. Por el contrario, lo más sensato parece ser un proceso de adaptación cultural, del mismo modo que existe la adaptación tecnológica. Se trata, en cada país, de ir creando una nueva cultura, que sepa combinar lo deseable de la cultura transnacional con lo mejor de las tradiciones locales o nacionales.

En esta perspectiva, cobra gran importancia una relectura del entorno natural en que se desenvuelve una determinada cultura. Esto tiene que ver, por ejemplo, con una nueva evaluación de las tecnologías agrícolas tradicionales, con un nuevo examen de los hábitos y técnicas rurales en materias críticas como salud, educación, vivienda, recreación y relaciones familiares y, por supuesto, con todo lo que tiene que ver con la conservación del medio ambiente.

d. Ecomuseos y otros instrumentos

No se trata de caer en la glorificación de todo lo antiguo, sino de aplicar un examen objetivo y riguroso a valores culturales que nuestra civilización actual ha descartado, quizás irreflexivamente.

El camino a recorrer en esta dirección es largo y tortuoso, pero puede conducir a resultados

sorprendentes. En el conocimiento del entorno natural, por ejemplo, se ha creado un abismo entre el gremio de los científicos altamente especializados, y el ciudadano común, que muchas veces tiene dificultad para identificar siquiera las plantas de su propio jardín.

Hay un enorme bache que llenar en materia de educación ambiental, que tiene que ver con la agricultura y la alimentación, la protección del medio ambiente y, en última instancia, con la salud y el bienestar de las personas, su estilo de vida, o, si se prefiere, el estilo y el grado de desarrollo verdadero de una sociedad.

Los instrumentos para salvar esa brecha cultural son numerosos y, en nuestros países, casi todos están por desarrollarse. Incluyen desde los museos de historia natural y los ecomuseos, hasta las excursiones al campo hechas con fines recreativo-educativos. El poner en marcha esos instrumentos demanda, por supuesto, una decidida voluntad política, basada en una clara comprensión de la relación que existe entre el amor por la naturaleza y la posibilidad de un verdadero desarrollo.

e. Conocer la sociedad y su historia

No menos importante para esos fines es el conocimiento que un pueblo tenga de su propio desarrollo histórico y de su realidad social. Estos temas son más o menos atendidos por el sistema educativo tradicional, si bien generalmente con graves distorsiones. Habrá quienes digan que esas distorsiones se deben en todo a la aplicación del tamiz interpretativo de los grupos socialmente dominantes. Puede ser. Pero lo cierto es que incluso en países donde los maestros y profesores no son precisamente siervos de los grupos de poder, el sistema a menudo falla en señalar los hitos esenciales del desarrollo histórico. Se privilegia, usualmente, los acontecimientos de la historia militar, y algunos otros hechos o personajes más o menos espectaculares, importantes sin duda, pero que a menudo no reflejan las corrientes profundas del desarrollo histórico de un país. En Costa Rica, por ejemplo, país de muy escasa tradición militar, se analiza con particular detenimiento la Campaña Nacional de 1856, con sus diversos héroes y batallas, pero casi se ignoran hechos de tanta trascendencia como la abolición de la pena de muerte en 1882, o la consolidación del régimen democrático en 1889, o la abolición del ejército en 1948. Es para conmemorar esas efemérides que los estudiantes deberían salir a las calles y tendrían que efectuarse los grandes actos cívicos, particularmente en un país como Costa Rica, que tiene en el desarrollo de sus avanzadas instituciones democráticas su más señalado logro cultural.

f. La cultura democrática

En efecto, Costa Rica no tiene para exhibir ante el mundo grandes monumentos de arquitectura precolombina, ni puede tampoco blasonar de una vigorosa tradición literaria, artesanal o artística. Sin menosprecio de los abundantes frutos que han producido los creadores costarricenses en muy diversos campos, puede afirmarse que el genio de esta pequeña nación radica, ante todo, en la generación de instituciones y costumbres que reflejan un acrisolado respeto por la persona humana, base de toda verdadera civilización.

A lo largo de los siglos, en Costa Rica se ha venido creando, colectivamente, un sistema parti-

cular de convivencia que le ha permitido a esta sociedad evolucionar sin verse sometida a las convulsiones política y militares que son endémicas en muchas otras partes de América Latina y del resto del mundo.

Una política cultural para Costa Rica tiene que rescatar y valorar esta importante vertiente evolutiva, y proyectarla hacia el futuro. Como la cultura misma, la democracia no cesa nunca de construirse y desarrollarse sobre sus propias bases. Definida desde una perspectiva cultural, la democracia es, esencialmente, el hábito colectivo de tomar en conjunto las decisiones importantes, que afectan al destino del cuerpo social como un todo. Comporta un respeto básico por la opinión de los demás, y es, desde ese punto de vista, uno de los grandes desarrollos del racionalismo humanista de Occidente. El ágora griega, con sus limitaciones, sigue siendo el ejemplo primigenio de la conducta democrática. La cultura democrática, así entendida, está lejos de agotarse en el libre juego de los partidos políticos o en el debate parlamentario. Incluye muchas instituciones más, tanto formales como informales, que van desde los municipios hasta los grupos organizados de mujeres, de vecinos o de jóvenes que luchan por sus derechos y que toman sus decisiones en común.

g. La cultura del futuro

Las relaciones entre el hombre y su medio natural, el conocimiento de la sociedad y de su historia, y la profundización en los valores de la democracia, son coordenadas básicas para la cultura del futuro, en particular en Costa Rica. Son criterios nuevos, no tradicionales, para la formulación de una política cultural de largo plazo. Sin embargo, son indispensables si en verdad se quiere insertar el desarrollo cultural como un elemento importante en el desarrollo global de la sociedad.

A ellos debe agregarse un factor que sí es tradicional en las políticas culturales: el del desarrollo artístico. Incluso muchas veces las políticas y la administración cultural se limitan al fomento de las artes. Esta tendencia está ya superada en muchos países, pero eso no significa que deba descuidarse el trabajo artístico. Se podría preguntar: ¿Cuál es el papel de las artes y los artistas en el desarrollo global de una sociedad? Esta pregunta ha sido contestada muchas veces a lo largo del tiempo. La primera respuesta, la más elemental, es que las artes y los artistas sirven a fines recreativos, y al enriquecimiento espiritual de las personas. Ciertamente, esas dos son las funciones esenciales de las artes en la sociedad, y por sí mismas justificarían su existencia. No obstante, desde un punto de vista más pragmático, en función del desarrollo integral, los artistas desempeñan otras funciones sociales importantes. Una de ellas es la de mantener —o ayudar a mantener— la atención de la sociedad sobre el destino del hombre, sobre su realización personal y espiritual, que en última instancia es lo que verdaderamente importa en la vida. De no ser por los escritores, los cineastas, actores, artistas de la imagen y tantos otros, fácilmente perderíamos de vista las necesidades profundas del ser humano —como individuo, como pareja, como familia—, que son lo preeminente en el trabajo de los artistas. De manera que allí, en el mantener al ser humano, por decirlo así, delante de nuestros ojos, los artistas cumplen una función social de primera importancia.

h. Un ideal de perfección

Por otro lado, al ser personas que se dedican intensamente al cultivo de su talento y de su ofi-

cio, hasta alcanzar grados apreciables de perfección en su trabajo, y al presentar sus resultados al público, los artistas se constituyen en ejemplos de creatividad y disciplina para las demás personas. Le demuestran a la sociedad que la excelencia es algo que se puede alcanzar. Esto tiene un valor extraordinario, especialmente en sociedades que están tratando de mejorar la eficiencia en el trabajo, para lograr mejores condiciones de vida. Una escultura, por ejemplo, es la materialización visible de muchas horas de estudio, dedicación y trabajo mental y físico. Una ejecución sinfónica es una muestra clara de la armonía y la perfección que puede alcanzar un grupo de personas, bien coordinadas y con un objetivo común. Este “efecto de demostración” que ofrecen las artes al conjunto social debe apreciarse y aprovecharse en todo lo que vale. Especialmente en los países en desarrollo, en los cuales el cultivo de un ideal de perfección es vital para alcanzar mejores ingresos y condiciones de vida.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

R/ Precisamente recién ingresados nosotros al Ministerio, convoqué a una reunión con los propietarios (aunque no fueron ellos, mandaron a los gerentes) de los principales medios de comunicación y entre otras cosas les dije que el verdadero poder cultural en Costa Rica lo tienen ellos, no lo tiene el Ministerio de Cultura. El verdadero poder de transformación cultural en este país lo tienen tres o cuatro televisoras que pertenecen a grupos familiares y algunas radioemisoras, que son las que verdaderamente influyen sobre la mente de los costarricenses, sobre su imaginación, sobre sus sentimientos, todos los días, por medio de su programación, y lo único que podía hacer en ese momento era hacerles ver la responsabilidad que ellos tienen en cuanto a cambios culturales en el país. Por supuesto que hay una desproporción inmensa entre ese poder y los escasos y muy tradicionales instrumentos de desarrollo cultural en manos del Estado.

Naturalmente que hay un instrumento que tiene el Estado, por medio del cual podría realmente afectarse de modo muy positivo el fenómeno de la comunicación social y, por lo tanto, el cambio cultural, y ese instrumento es la ley. Es decir, nosotros tendríamos varios caminos que tomar. Uno sería hacer inversiones realmente muy grandes en medios de comunicación o de producción cultural del Estado, como pueden ser Canal 13, Radio Nacional, la Editorial Costa Rica, las compañías de artes escénicas, etc., y así tratar de captar la demanda, es decir, tratar de poner esos bienes en una posición competitiva con los medios comerciales. Esto es muy difícil, sobre todo en una época de gran contracción fiscal como la que vivimos, en donde verdaderamente se pelean los colones del presupuesto nacional. En última instancia, eso depende de la Asamblea Legislativa. Y, por supuesto, la otra cosa es la ley. A veces he pensado que emplearía mejor mi tiempo en ir a sentarme todos los días unas horas en la Asamblea Legislativa, hablando una hora diaria con un diputado y tratando de que los diputados entiendan la problemática cultural del país. Así, tal vez por la vía del derecho se obligue a un cambio cultural a través de los propios medios comerciales, porque competir contra ellos o tratar de eliminarlos no tiene ningún sentido. Les reconocemos su derecho a existir y les reconocemos su potencial de transformación y enriquecimiento cultural.

No se pueden hacer estas cosas de las que les estoy hablando muy fácilmente. Sin embargo, sí he venido trabajando, ya hace mucho tiempo, en un “paquete” de legislación cultural que, entre otros beneficios, vendría a establecer una serie, no solamente de regulaciones, sino —lo que para mí es muchísimo más importante— de incentivos para la buena programación. La posibilidad de crear incentivos fiscales, que le permitan al estado “premiar”, por decirlo así a un medio de comunicación que tenga una programación excelente. Esto se aplica tanto a los programas de televisión y radio, como a la exhibición cinematográfica.